ANNE BRADSTREET (1612-1672): LA CARA FEMENINA DE LOS PRIMEROS VIAJES AL CONTINENTE AMERICANO

Dra. Mª Dolores Narbona Carrión
Universidad de Málaga (España)

A pesar de los esfuerzos por recuperar o incorporar a las mujeres en la historia llevados a cabo por investigadores e investigadoras en las últimas décadas, podemos comprobar cómo la mayoría de los estudios relacionados con el ámbito americano se siguen decantando por comenzar su análisis desde unos orígenes que, no sólo dejan en un plano muy secundario a los auténticos nativos de estas tierras al comenzar a narrar la historia americana por los invasores europeos, sino que, además, tienden a olvidarse de la presencia femenina. Centrándonos en el terreno literario, si bien es cierto que en los pasados años se ha dado un giro importante en el enfoque crítico, que ha facilitado la atención a la diversidad tanto de raza como de género, aún es necesario que sigamos rescatando las interesantes vidas, obras y perspectivas de las mujeres que viajaron a América. Entre ellas se encuentra Anne Bradstreet, una de las muchas hijas, esposas y madres que dejaron la comodidad de su tierra natal para adentrarse en la aventura de lo desconocido y que merecen nuestra atención tanto o más que sus homólogos masculinos. Bradstreet, una de las primeras habitantes de la colonia de la Bahía de Massachusetts, resulta doblemente interesante: desde un punto de vista meramente histórico, por ser una de las pioneras en su traslado al continente americano; y desde una perspectiva literaria, pues sus escritos —que consiguió escribir a la vez que se ocupó de su esposo y sus ocho hijos—, además de ilustrar la "otra cara" de esta experiencia, tradicionalmente contada en masculino, constituyeron el primer volumen de poemas creados por residentes americanos, titulado *The Tenth Muse Lately Sprung Up in America* (1650).

Para ilustrar la anterior declaración, podemos fijarnos en obras de reconocido prestigio como la de Malcolm Bradbury y Howard Temperley, titulada *Introduction to American Studies* (1998), donde incluyen una extensa cronología de la historia de América que, sin embargo, comienza en el año 1492 —como si antes no hubiera existido el continente— y señala en dicha fecha el viaje de Cristóbal

Colón al "Nuevo Mundo"[1] —"nuevo" para quienes llegaron, no para quienes podrían llevar viviendo allí desde 30.000 años antes de Cristo aproximadamente. El mencionado adjetivo, en los textos referentes a la llegada de europeos a América, se suma frecuentemente a "salvaje", "peligroso", "desconocido", "rudo", y otros que parecen querer crear en la mente de quienes los leen la imagen de que en estas tierras no hubieran podido habitar y sobrevivir más que fornidos aventureros y valientes soldados, sin dejar espacio, ni por asomo, a la tradicionalmente considerada más débil presencia femenina. Incluso las versiones de ficción se han hecho eco de esta visión, como podemos comprobar en la obra de una de las figuras literarias más conocidas del ámbito norteamericano, Nathaniel Hawthorne, *The Whole History of Grandfather's Chair*, donde se relata así la "lógica" muerte (dadas las circunstancias) de una de las primeras viajeras a América:

La pobre Lady Arbella contempla todo este panorama y siente que este Nuevo Mundo es adecuado tan sólo para gente ruda y dura. Aquí no debería estar nadie que no pudiera lidiar con bestias y hombres salvajes, sino quien pudiera trabajar tanto con frío como con calor y que pudiera mantener firme su corazón contra toda dificultad y peligro. Pero ella no es así. Su espíritu tierno y tímido se hunde en ella y, volviéndose de la ventana, se sienta en la gran silla y se pregunta en qué lugar de aquella tierra salvaje le cavarían la tumba sus amigos.[2]

No en vano hemos de recordar que muchos de los primeros viajeros se encargaron de difundir en sus escritos esta concepción del mundo que habían "descubierto", para, al mismo tiempo, promocionar su propia imagen y valía. Ejemplos destacados de ello son los escritos de diferentes nacionalidades como los de Cristóbal Colón (1451-1506) sobre sus viajes, tales como su *Diario del Primer Viaje a América, 1492-1493*; *Relación de Alvar Núñez Cabeza de Vaca* y *Los Viajes de Samuel de Champlain, 1604-1618*, de los autores que aparecen en sus títulos respectivamente; y los de ingleses como Thomas Morton (1579?-1647?), John Winthrop (1588-1649), Roger Williams (1603?-1683?) y William Bradford (1590-1657). Pero, sin duda, una de las obras de este tipo más conocidas es la de John Smith, titulada *The Generall Historie of Virginia, New England, and the Summer Isles* (1624), ya que en ella se encuentra el relato del supuesto rescate de su vida por

1 BRADBURY, Malcolm – TEMPERLEY Howard. *Introduction to American Studies*. London and New York: Longman, 1998, pág. vi.

2 La cita está tomada de la parte I, capítulo 2, de su versión publicada en Internet. Todas las traducciones que aparecen en el texto son mías.

parte de una princesa india llamada Pocahontas, que tan popular se ha hecho, a pesar de la conocida personalidad de su autor, caracterizada por exagerar e inventar todo acontecimiento que pudiera ensalzar su propia bravura y mérito personal. Esta mujer rompe, al menos, con la gran ausencia de personajes femeninos que venimos advirtiendo en la relación recién expuesta.[3] No obstante, su presencia debe ir acompañada por la de otras féminas quizá menos populares pero que gozan de mayor credibilidad al haberse hecho presentes en la historia y en la literatura en primera persona, como es el caso de la que aquí nos ocupa. Y, en efecto, Anne Bradstreet podría incluirse en un estudio más amplio junto a otras escritoras que han dado testimonio de lo que vivieron en América en ese mismo periodo aproximadamente, como fueron Mary Rowlandson (1636-1711) o Sor Juana Inés de la Cruz (1648-1695). Del mismo modo en que cada vez resulta más lógico admitir que, para tener una visión auténtica de la identidad americana, hay que contar con sus orígenes más remotos, del mismo modo debemos considerar los testimonios emanados de las voces femeninas de las mujeres que, a pesar de las muchas dificultades que encontraron en América, no sólo lograron sobrevivir como sus homólogos masculinos, sino que plasmaron sus duras vivencias en sus escritos, algunos de los cuales incluso consiguieron que se publicaran o preservaran hasta nuestros días. Así pusieron en práctica lo que muchos años después Hélène Cixous recomendaría a las mujeres: "La mujer debe escribir su ser: debe escribir sobre mujeres y hacer que las mujeres escriban, algo de lo que se les ha apartado tan violentamente como de sus cuerpos —por las mismas razones, por la misma ley, con el mismo objetivo fatal. La mujer debe ponerse en el texto —así como en el mundo y en la historia— por su propia iniciativa".[4]

Interesantes y valientes resultan las historias que los aventureros antes mencionados narraban con mayores o menores dosis de realismo en sus diarios

3 Dejando las notas fantásticas aparte, Pocahontas (1595/6-1617) es considerada por muchos como un símbolo de la interrelación entre nativos y colonos que tan necesario fue para los segundos al encontrarse en un territorio desconocido para ellos. Otra figura femenina nativa que resultó fundamental, aunque años después, en la expansión de los colonos hacia el oeste, fue Sacagawea (1786-1812). Esta shoshone dio prueba de su fortaleza e inteligencia durante la expedición de 1804-1806 de Meriwether Lewis y William Clark hacia el Pacífico, por orden de Thomas Jefferson, ejerciendo de intérprete, guía e incluso diplomática, sin abandonar su labor de madre de Jean Baptiste, engendrado con un marido de origen francocanadiense, llamado Toussaint Charbonneau.

4 CIXOUS, Hélène. "The Laugh of the Medusa", en: Elaine Marks - Isabelle de Courtivron (eds.), *New French Feminisms, an Anthology*. New York: Schocken Books, 1981, pág. 245.

y demás escritos, pero no menos fortaleza se plasma en las experiencias de las primeras viajeras. Así se desprende, por citar un ejemplo, de la vida de Elizabeth Rogers Appleton (1665-1754), quien, con 91 años daba la siguiente cuenta: "He aquí un recuento de toda mi descendencia: 6 hijos y 3 hijas, 20 nietos y 20 nietas; 58 en total" (cit. en Evans, 1989:21). Si fuerte hay que ser para tener esta generosa descendencia, más aún hay que serlo para afrontar la pérdida de prácticamente la mitad de la misma, como le ocurrió a la señora Appleton y a muchas de sus coetáneas, dadas las duras condiciones de vida en que vivían en sus nuevos emplazamientos. De hecho, de las aproximadamente 10.000 personas que fueron a Norteamérica desde 1607 hasta 1624, sólo sobrevivieron 1.275 (O'Callaghan, 1990:15). Dicha rudeza provenía, además, en el caso de las mujeres, de los postulados tradicionales que regían la conducta de estos primeros viajeros y viajeras, entre los que predominaba la sentencia que hizo famosa John Milton en *Paradise Lost*: "Él, sólo para Dios; ella, para Dios en él", que condicionaba las jerarquías, las relaciones sociales y la vida política de las colonias. Y es que en los primeros barcos que cruzaron el Atlántico también viajaron mujeres, lo que ocurre es que, como señalamos anteriormente, han sido más oídos los testimonios de sus pasajeros que los de sus pasajeras. Quizá haya tenido algo que ver en ello el hecho de que la mayoría de las primeras aventureras estuvieran casadas, pues, en aquella época, según la legislación inglesa, la esposa estaba "cubierta" (*covered*) por su esposo —el término con que se les designaba era *feme covert*—, de tal forma que carecía completamente de existencia o estatus legal propio. Esta situación chocaba en gran medida con la elevada posición de otras mujeres de la aristocracia, e incluso de la propia Reina Isabel I de Inglaterra (1533-1603), a quien dedica Anne Bradstreet algunos de sus poemas.

Es cierto, no obstante, que las primeras expediciones solían constar exclusivamente de hombres que, una vez conseguían un asentamiento de cierta estabilidad, llevaban allí al resto de la familia. Según O'Callaghan, en el caso de Virginia, por ejemplo, dada la escasa presencia femenina, la Virginia Company decidió en 1619 enviar a noventa mujeres jóvenes casaderas. Aquéllos interesados en conseguir una esposa tenían que pagar a la Compañía 120 libras del mejor tabaco, medida que parece haber sido efectiva, ya que en poco tiempo todas estaban casadas (O'Callaghan, 1990:14).[5] Según se deduce de los hechos, ni las relaciones

5 Evans destaca el carácter marcadamente comercial de las emigraciones no sólo de hombres sino también de mujeres a la zona de la bahía de Chesapeake, donde muchas se convertían en

interpersonales se libraron del carácter comercial que caracterizó a los protagonistas de los primeros asentamientos en América, propiciados por la mencionada empresa. De cariz muy distinto fueron los que les siguieron, los de los llamados "Pilgrim Fathers" [Padres peregrinos], por el fundamento religioso que los alentó. Estos puritanos, buscando la libertad de culto de la que carecían durante el reinado de Jaime I, decidieron abandonar Inglaterra para dirigirse, primero a Holanda y después, el 16 de septiembre de 1620, a América. De esta forma, el 9 de noviembre de 1620 llegaba a las costas del actual Cape Cod (Massachusetts) un viejo navío llamado *Mayflower*, cargado de ilusiones por fundar una comunidad que encarnara a la ejemplar "ciudad sobre la colina" que la Biblia propone a los cristianos que constituyan. Pero la mitad de estos cien esperanzados navegantes se quedaron sin ver su sueño hecho realidad, al perecer antes incluso de la llegada de la primavera. El resto siguió con ahínco su empresa y se vieron reforzados por la llegada, diez años después, de un grupo de casi mil colonos —entre los que se encontraba Anne Bradstreet— que huyeron del nuevo rey, Carlos I de Inglaterra, aún menos tolerante que su padre.

Según lo expuesto, no extraña la reacción de Bradstreet a su llegada a América, donde explica que encontró "un mundo Nuevo y unas costumbres nuevas, ante las cuales su corazón se sobresaltó. Pero, después, se convenció de que esa era la voluntad de Dios" (240).[6] La escritora acababa de dejar el cómodo entorno de que gozaba en Inglaterra para enfrentarse al duro contexto que hemos esbozado a grandes rasgos y que ella misma nos ayuda a recrear con sus reveladores textos. Anne Bradstreet había crecido en el acogedor hogar que sus padres, Dorothy Yorke y Thomas Dudley —que guardaba una relación muy estrecha con el Conde de Lincoln, al ser el administrador de sus fincas—, se pudieron permitir proporcionarle. Allí gozó de una formación y educación envidiables, facilitada por tutores particulares y por el uso que se le permitía de la biblioteca del citado conde, todo lo cual se hace evidente en el alto nivel cultural de sus escritos. Todo ello quedó atrás cuando, tras casarse a los dieciséis años, en 1628,

"indentured servants" ("siervas obligadas a serlo durante cierto tiempo"). Ello significaba que debían trabajar cuatro o cinco años para pagar el coste de su viaje, frecuentemente en plantaciones de tabaco o de arroz, y en unas condiciones extremadamente duras (Evans, 1989:26). Peor suerte aún corrieron las esclavas que eran traídas de África, un quinto de las cuales no sobrevivieron al "middle passage" ("travesía intermedia"/"ruta del esclavo").

6 Esta cita de Anne Bradstreet y todas las que aparecerán a lo largo de este capítulo están tomadas de la obra editada por Hensley cuya referencia completa aparece en la bibliografía final.

con Simon Bradstreet —graduado de la Universidad de Cambridge y conocido del padre de la poeta—, los padres y el nuevo matrimonio zarparon hacia las tierras americanas en 1630, con la expedición de John Winthrop (1588-1649). La crudeza del nuevo hogar se sumó a la poca salud de que solía gozar Bradstreet, pues padecía desde la infancia fiebres reumáticas que la debilitaban seriamente y sufrió los rigores ocho alumbramientos, en una época en que no era infrecuente morir dando a luz. De su flaca salud son testimonio sus "Meditaciones", su carta a sus hijos y sus poemas, donde reflejaba sus padecimientos. Entre los poemas de este tipo se encuentran los que nombramos a continuación, cuyos títulos dejan ya entrever el contenido al que venimos aludiendo: "For Deliverance from a Fever", "From Another Sore Fit", "Deliverance from a Fit of Fainting" y "Upon a Fit of Sickness" ["Por la cura de una fiebre", "De otro ataque de dolor", "Recuperación tras unos mareos", "Sobre una enfermedad"]. Para ilustrar cómo en ocasiones incluso veía cercana la muerte, nos fijamos en estos versos tomados del último poema citado (de 1632), donde nos deja ver su actitud creyente:

> Veinte años aún sin cumplir / desde que la naturaleza me dio el aliento, / mi carrera está completa, mi hebra está hilada: / he aquí la funesta muerte. [. . .] / ¡Oh!, mientras viva, dame la gracia / de estar haciendo el bien, / de forma que considere óptimo el arresto de la muerte, / por tratarse de un decreto Tuyo; / de ofrecer lo que mucho me cueste pues nada es en vano / para asegurarme la salvación, / ¡Oh! grande es la ganancia, pero se consigue con dolor. (222)

Pero la brillantez de esta extraordinaria mujer hizo que, como se ve en el anterior poema, en lugar de derrochar su energía en estériles lamentaciones o en una resignación pasiva ante las circunstancias tan adversas que le tocó vivir, se decidiera a tratar de interpretar todos los acontecimientos de su vida a la luz de su fe en un Dios en quien a veces se le hacía difícil creer —como se atreve a reconocer a pesar de los peligros que esta sinceridad le podía ocasionar—, pero a quien considera su más preciado baluarte para no hundirse y seguir adelante en la vida. Así se refleja también, —por mostrar otro de los muchos ejemplos que también lo hacen—, en el poema "Upon some Distemper of the Body" ["Sobre una destemplanza del cuerpo". Su protagonista, a pesar de tener los ojos secos de tanto llorar de sufrimiento, aún puede lanzar su mirada al cielo, donde encuentra el consuelo para su dolor físico y espiritual:

> Angustiada, con el corazón repleto de aflicciones / y debilitantes dolores, que mi cuerpo bien conoce; / dando vueltas en mi cama insomne, / empapada con las lágrimas que de mi afligido rostro fluyeron / hasta que la naturaleza las agotó por completo; / entonces, incapaces de seguir llorando, los ojos secos se quedaron; / y, la mirada a su trono celestial alzando, / a quien envía ayuda al necesitado: / Él apartó esas nubes y me permitió contemplar / mi ancla echada segura en el valle; / liberó a mi alma de la aflicción, del dolor a mi carne, / y me trajo a la orilla desde la alborotada altamar. (223)

Que la visión de la vida en el continente americano que nos describe la poeta no es exagerada ni se aleja de la dura realidad que se encontraron estos primeros viajeros y viajeras, queda corroborado por los testimonios de otros compañeros suyos de viaje, como es el caso de su propio padre, Thomas Dudley, que, en una carta a la Condesa de Lincoln le cuenta: "Encontramos la Colonia en unas condiciones tristes e inesperadas, habiendo muerto más de ochenta de ellos el invierno anterior; y muchos de los vivos, débiles y enfermos; todo el maíz y el pan que tenían entre todos casi no era suficiente para alimentarlos una quincena" (cit. en Campbell, 1890:38).[7]

Así, pues, los escritos de Bradstreet también constituyen documentos acreditativos de las duras vivencias que experimentaron los primeros colonos que se aventuraron a viajar a este territorio entonces tan lleno de peligros y crudezas, especialmente para las mujeres, que se encontraban con el riesgo añadido y prácticamente seguro de tener que dar a luz en un entorno con condiciones sanitarias ínfimas. De ahí que fuera frecuente que murieran en los partos, como también lo era que no todos sus hijos sobrevivieran hasta la madurez. Bradstreet nos da muestras de ambas situaciones en bonitos poemas que, como vamos descubriendo, escribía para dejar constancia de sus experiencias y sus respectivas interpretaciones religiosas de forma artística,[8] a la vez que —suponemos— le ser-

7 Entre las mencionadas muertes de esta cita, se contaba Lady Arbella, poeta y amiga de la infancia de Bradstreet que dio nombre a la nave que transportó a estos peregrinos a América, y de quien dice Cotton Mather: "Ella llegó de un agradable Paraíso de abundancia en la familia de un condado noble, al desierto de las necesidades, y pasó por Nueva Inglaterra en su camino hacia el cielo" (cit. en Campbell, 1890:39).

8 Su carta titulada "To My Dear Children", nos revela mucha información sobre la vida y forma de pensar de la poeta, y podríamos decir que el propósito de dicho escrito, explicado por la propia Bradstreet, podría aplicarse a todos los demás, siendo para ella el principal que sus hijos "pudieran obtener algún beneficio espiritual de su experiencia", a pesar de lo mucho

virían para desahogar en cierto modo su alma, cargada como estaba de temores y miedos basados en datos objetivos. La autora nos deja en "Before the Birth of One of her Children" ["Antes del nacimiento de uno de sus hijos"] el testimonio de su angustia antes de traer al mundo a su primogénito, Samuel, a pesar de que era enorme su ilusión por ser madre, pues en otros escritos expresa el dolor que le causó su espera durante cinco años: desde 1628, cuando se casó, hasta 1633, fecha del nacimiento de su primer hijo. En estos versos tomados de dicho poema podemos intuir su miedo a morir en el parto, a la vez que observamos cómo no abandona su sentido práctico y aprovecha para, a la vez que se despide de su marido, pedirle que, si ello llegara a ocurrir, recuerde sólo lo bueno que hubo en ella y que no se vuelva a casar:

> Ambos ignoramos cuándo, amor mío, puede que la muerte se acerque a mi vida, / cuándo es posible que de tu suerte falte tu amiga, / pero el amor me obliga / a que te recomiende estos versos de despedida, / para que cuando el nudo que nos hizo uno se desate, / pueda parecer tuya, aunque, en efecto, no sea nadie. [. . .] / Las muchas faltas que bien sabes que tengo / déjalas enterradas en mi inconsciente tumba; / si hubo algún valor o virtud en mí, / eso es lo que debes dejar frescamente en tu memoria vivir [. . .] / Cuida a mis pequeños hijos, mis legados queridos. / Y, si te amas a ti mismo, o me amaste a mí, / protégeles, por Dios, del daño de una madrastra. (224)

Si este poema se centra en la primera de las experiencias dolorosas antes citadas, el que mostramos a continuación quiere servir de prueba sobre cómo era común que los niños pequeños no sobrevivieran para convertirse en adultos, como fue el caso de tres de los nietos de Bradstreet: Elizabeth, que murió en 1665; la péqueña Anne Bradstreet, fallecida a los tres años y medio de edad; y Simon, que pasó a la otra vida en el mismo año, 1669, con tan sólo un mes y un día. A cada uno de ellos le dedicó bonitos poemas. Sirva de muestra el escrito en memoria del último,[9] que, además, hace referencia a las dos anteriores muertes y muestra hasta qué punto Bradstreet confiaba en que, a pesar de todos sus padecimientos, Dios también estaba con ella en aquel nuevo mundo:

---

que le interesa mostrarse como una buena poeta (240).

9 El título completo de este poema es: "On My Dear Grandchild Simon Bradstreet, Who Died on 16 November, 1669, Being but a Month, and One Day Old" ["A mi nieto Simon Bradstreet, que murió el 16 de noviembre de 1669, con tan sólo un mes y un día de edad"].

> No has hecho más que llegar y ya te has ido, y has estado dormido: / aunque poco te hemos conocido, tu partida nos ha hecho llorar mucho; / tres flores, dos apenas abiertas, la última en el capullo, / cortadas por la mano del Todopoderoso; y aún así Él es bueno. / Con tremendo respeto ante Él silencio guardemos. / No lo discutamos, si tal ha sido su deseo, / con corazones y bocas llenos de humildad y desde el suelo, / digamos que Él es misericordioso y justo a la vez. / Nos devolverá y reparará todas nuestras pérdidas Él / y, tras nuestras amargas cruces, la sonrisa de nuevo. / Vete, a descansar vete con tus dos hermanas, bebé bonito; / permanece entre los benditos en gozos infinitos. (237)

A muchas de estas desgracias se enfrentaba Bradstreet sola, sin el apoyo ni consuelo de su marido, ya que su cargo de gobernador le mantenía frecuentemente fuera del hogar, en continuos viajes. Algunos de ellos eran a Inglaterra, y nuestra escritora no dudaba en dedicar poemas en que rogaba o daba gracias a Dios por el final feliz de su travesía ("Upon my Dear and Loving Husband His Going into England Jan. 16, 1661", "In Thankful Remembrance for My Dear Husband's Safe Arrival. Sept. 3, 1662" y "In Thankful Acknowledgement for the Letters I Received from My Husband out of England") ["Sobre el viaje de mi querido y amante esposo a Inglaterra el 16 de enero de 1661", "En recuerdo agradecido del retorno a salvo de mi esposo el 3 de septiembre de 1662", "En agradecido reconocimiento a las cartas que recibí de mi marido desde Inglaterra]. En otros expresa los sentimientos que le produce la ausencia de su esposo ("In My Solitary Hours in My Dear Husband His Absence") ["En mis horas solitarias en ausencia de mi querido esposo"], y también salieron de su mano algunos que dejan ver su alivio y satisfacción ante el buen resultado obtenido en los asuntos que a veces su esposo llevaba pendientes. Campbell cita, por ejemplo, que en una de las visitas de Simon Bradstreet a Inglaterra, tuvo un encuentro con el propio Rey para tratar de renovar el fuero de su colonia, lo que su acompañante, John Norton, comparó con meter la cabeza en la boca de un león (Campbell, 1890:242). Afortunadamente, la operación terminó en éxito y Simon Bradstreet pudo volver a América "contento de estar a salvo en casa de nuevo con cabeza en su sitio" (Campbell, 1890:243) y su mujer dio feliz testimonio de este y sus otros viajes en los bonitos poemas que hoy tenemos la suerte de poder disfrutar.[10]

10 Estas referencias a "ser librado de la boca del león" no son caprichosas, sino que reflejan el extenso conocimiento de la Biblia que tenía Bradstreet, que desde niña la estudió y rezó con ella. Esta expresión aparece concretamente en boca de San Pablo, cuando le dice: "Mas el

Aunque Anne Bradstreet paliaba la ausencia de su marido con la ayuda de Dios, como deja ver prácticamente en todos sus escritos —"Aunque mi querido esposo se ha ido de mi lado, / a quien yo tanto amo, / tengo otro a quien quiero aun más / cuyos consuelos son mucho mayores"— también en ellos confiesa que, si bien Dios era su bastión espiritual, su esposo era su principal sostén en la tierra. Así lo vemos claramente, por ejemplo, en su meditación del 8 de julio de 1656, cuando declara:

> Tenía un doloroso desvanecimiento que duró 2 ó 3 días, pero no hasta el extremo en que al principio me afectó, e incluso me resultó más doloroso porque mi marido no estaba en casa (él es mi principal consuelo en la tierra). Pero mi Dios, que nunca me falla, no estaba ausente y me ayudó y manifestó sobradamente su amor por mí. (251)

Más rotundamente aún muestra su afecto por Simon Bradstreet en la carta que le dedica en forma de poema y cuyo título, de nuevo, anticipa en gran medida su contenido, respondiendo al "plain style" ["estilo claro"] que caracterizaba la literatura puritana, donde la sencillez prima por encima del adorno superfluo. Se trata de "Letter to Her Husband, Absent upon Some Public Employment" ["Carta a su esposo, ausente en algún asunto público"], y en sus primeros versos dice: "Mi cabeza, mi corazón, mis ojos, mi vida, y más que eso: / mi gozo, mi almacén de tesoros terrenos. / Si dos son uno, como de hecho tú y yo lo somos, / ¿cómo estás tú allí mientras que yo permanezco en Ipswich?" (226). En este poema podemos apreciar, además, lo poco convencional que es en muchas ocasiones Bradstreet con respecto a su entorno marcadamente puritano. Concretamente, nos referimos a las alusiones que pueden interpretarse como sexuales, que a veces incluye en sus escritos con la misma naturalidad con que describe, por ejemplo, su vida diaria, sus enfermedades y sufrimientos o incluso sus dudas religiosas, cosa que tampoco era frecuente hacer en su ámbito. Así, en estos versos que asocian al esposo con el Sol no caprichosamente —"Mi sol se ha alejado tanto en el zodiaco"—, sino por la connotación de calor que ambos le sugieren, la escritora se atrevía ya a incluir en ellos estas metáforas tradicionalmente relacionadas con

---

Señor me asistió y alentó, para que por mí fuese proclamado el mensaje y me oyesen todas las naciones, y *fui librado de la boca del león*" (2Tim. 4, 17). Éste, a su vez, se hace eco de las palabras de la experiencia del profeta Daniel, que sí que fue librado literalmente de una fosa de leones, en la que fueron devorados, en vez de él, sus enemigos (Dan. 6, 15-25).

el erotismo: "Con quien, mientras lo disfrutaba, yo no sentía ni tormentas ni heladas, / su calor hacía que se derritieran esos frígidos fríos. / Mis congelados miembros ahora abandonados yacen entumecidos; [. . .] / Espero que mi sol no se ponga nunca, sino que arda / con el Cáncer de mi pecho incandescente, / la casa que le da la bienvenida a mi invitado más amado" (226). Un estudio completo de la obra de Bradstreet demuestra, no obstante, que la autora no se detenía tan sólo en esta faceta del amor que sentía por su marido, sino que también tenía cabida en sus sentimientos un afecto espiritual aún más profundo, que le hace asimilar sin dificultad el estrecho vínculo que el sacramento del matrimonio cristiano selló en su día y que le hace ver su unión como completa. Así lo podemos comprobar en "To My Dear and Loving Husband" ["A mi querido y amante esposo"] (225), un canto al amor que siente por su marido, que podríamos definir casi de hiperbólico e incluso jactancioso, por el supuesto desafío que lanza a las mujeres en el cuarto verso:

Si alguna vez hubo dos que fueran uno, somos nosotros. / Si alguna vez un hombre ha sido amado por su esposa, eres tú. / Si alguna vez una esposa fue feliz con su marido, / compárense conmigo, mujeres, si pueden. / Yo valoro tu amor más que minas enteras de oro / o que todas las riquezas que el Oriente posee. / Mi amor es tan grande que los ríos no lo pueden apagar, / ni le podría más que tu amor compensar. / Tu amor es tal que no lo puedo igualar en modo alguno. / Ruego a Dios que los cielos te compensen ampliamente. / Así, mientras vivamos, perseveremos en el amor / de manera que, aun cuando ya no vivamos, podamos vivir para siempre.

En estos poemas de amor, Bradstreet mostraba su más sincero cariño hacia su esposo, un afecto alejado de todo interés personal. Pero, siendo fieles a la historia en que se enmarcan las vivencias de nuestra autora, tenemos que tener en cuenta, además, lo necesario que él le debía resultar en su vida diaria, carente de la mayoría de los elementos que hacen la existencia más confortable en los hogares tal y como los solemos concebir. Así, tanto Bradstreet como muchas de las mujeres que viajaron al continente americano se afanaban cada día en interminables tareas como las que enumera Sara M. Evans en su libro dedicado a la historia de las mujeres en América, entre las que se encuentran: encender y mantener el fuego, preparar la comida para la casa, cocer el pan, cocinar la carne, ordeñar, hacer queso, recoger los huevos y dar de comer a los pollos, destilar sidra o cerveza, hacer la matanza, ahumar beicon, o mantener el huerto (Evans, 1989:28). Pero si algunas de estas tareas destacan por arduas, mucho peores eran las ocasiones en

que Bradstreet se encontraba sola ante el peligro literalmente, pues la convivencia entre los primeros colonos y los nativos americanos no siempre era la más deseable. William Bradford, por ejemplo, en su *Of Plymouth Plantation* (publicado en 1856, aunque lo empezó a escribir en 1630), hace referencia a situaciones complicadas como las derivadas del robo por parte de los nativos a los colonos, si bien es cierto que también declara que esta colonia llegó a ciertos acuerdos con sus aborígenes que les permitieron facilitar en cierta medida las relaciones entre ellos.[11] Mucha peor suerte corrió otra valiente mujer, Mary Rowlandson (1637?-1711), y tres de sus hijos, al finalizar este período de convivencia relativamente pacífica, pues fueron capturados en los sangrientos enfrentamientos acaecidos durante la llamada "King Philip's War", que empezó el 9 de septiembre de 1675 y terminó tres años después. Rowlandson fue, como Bradstreet, otra de las mujeres que nos han dejado testimonio escrito de la crudeza de la vida de las mujeres que se atrevieron a adentrarse en lo que para ellas era un inhóspito territorio al otro lado del Océano. Su *Narrative of the Captivity and Restauration of Mrs. Mary Rowlandson* (1682) relata con todo detalle los horrores que padeció durante el ataque a la colonia de Lancaster —en la que otros muchos fueron capturados y la mayoría asesinados— en 1676 y su cautiverio junto a sus hijos, una de los cuales, Sarah, de tan sólo seis años, murió a la semana siguiente. La terrible experiencia de Rowlandson ilustra ampliamente los peligros que podía entrañar la ausencia de los esposos en una época y un territorio donde la convivencia entre los antiguos y los nuevos pobladores no siempre era idílica. Aunque tampoco es seguro que Joseph Rowlandson hubiera podido evitar el secuestro de su mujer e hijos si no hubiese acudido a Boston en busca de ayuda ante el peligro inminente que amenazaba a su poblado, resulta lógico pensar que quizá les hubiese servido de refuerzo para repeler los ataques de los nativos o al menos, si no, de compañía, consuelo y apoyo en las largas once semanas de cautiverio que padeció su familia.

También el esposo de Anne Bradstreet tenía que ausentarse del domicilio familiar con frecuencia, según mostramos anteriormente, pero, además, sus obligaciones a veces hicieron a toda la familia mudarse a distintas ubicaciones. Normalmente se desplazaban a lugares fronterizos no exentos de peligros, dada la posible vulnerabilidad a los ataques de los nativos de dichas zonas, donde Simon Bradstreet incrementaba sus propiedades y su poder político. De este modo,

11 Así lo podemos ver en el texto incluido en la quinta edición de la *Heath Anthology of American Literature*, en la página 332.

nuestra escritora llegó a vivir en cuatro sitios diferentes, con todas las inconveniencias y dificultades que los traslados de aquella época conllevaban. Así, tras llegar a Boston (Massachusetts), dejó esta ciudad para marcharse a Newtown (la actual Cambridge); después marchó a Ipswich, para finalmente instalarse en 1644 en Andover, donde permaneció hasta su muerte en 1672. A pesar de que pudiéramos pensar que el haber cambiado incluso de continente podría haber acostumbrado a Bradstreet a la ardua tarea de mudarse, sin embargo, según explica Campbell, cada cambio le suponía un duro golpe y necesitaba mucho tiempo para habituarse a las nuevas condiciones de vida (Campbell, 1890:243). Y ya que por fin se vio asentada en la localidad de Andover, en cuya casa colocó todas sus pertenencias más preciadas —muchas de ellas traídas desde su antiguo hogar inglés de Lincolshire—, sufrió la desgracia de ver cómo todo ello perecía entre las llamas el 12 de julio de 1666. Esta desgracia está recogida en el diario de su hijo Simon Bradstreet, que lo resume así:

> 12 de julio de 1666. Mientras que yo estaba en Londres N., la casa de mi padre de Andover se quemó y perdí mis libros y gran parte de mi ropa, por valor de 50 ó 60 libras por lo menos; el Señor me lo dio, el Señor me lo quitó. Bendito sea el nombre del Señor. Aunque mi propia pérdida de libros (y documentos, especialmente) fue grande y la de mis padres mayor al tratarse de 800, aun así, el Señor tuvo a bien recompensarnos de muy diversos modos. Es bueno, por tanto, confiar en el Señor. (Cit. en Campbell, 1890:244)

Como bien señala el hijo de Bradstreet, con el incendio se perdió la valiosa biblioteca que la familia poseía, pero, al igual que éste señala la quema de algunos de sus documentos, nuestra escritora se lamentaría de la desaparición de *sus* manuscritos, entre los que se encontraría la continuación de su "Roman Monarchy", a la que dedicó muchas horas mientras trataba de evadirse del sufrimiento que sus enfermedades le ocasionaban. De este modo, la segunda edición de sus poemas, publicada tras su muerte, incluye esta disculpa al final de la citada secuencia de poemas:

> Era mi intención acabar lo empezado, / mis pensamientos y mis esfuerzos en ello se volcaron; / [. . .] Al fin tomé la decisión, al cabo de muchos años, / de continuar hasta el final mi historia; / y para ello dediqué no pocas horas, / y escribí muchos pesarosos (aunque extensos) versos; / pero, antes de que pudiera ver cumplido mi deseo, / mis papeles cayeron presas del atroz fuego. (177-178)

Sabemos que nuestra autora fundamentaba su vida en la fe, y que trataba de no apegarse a las pertenencias materiales ni otro tipo de valores meramente materiales, actitud que también vimos en la interpretación que hace su hijo Simon —que hemos mostrado más arriba— de la desgracia que sufrió la familia Bradstreet al quemarse su vivienda. Así lo demuestra en numerosas ocasiones, pero quizá la más ilustrativa se encuentra plasmada en el poema de título revelador respecto al tema que estamos tratando, "The Vanity of All Worldly Things" ["La vanidad de todas las cosas terrenas"], donde declara: "¿Qué significa el conseguir grandes tesoros en la riqueza? / Eso no es más que trabajo, cuidado ansioso, y dolor. / Quien amontona riquezas, amontona tristezas: / Hoy cuenta con ellas, pero ¿quién las heredará mañana?" (219). El poema termina diciendo que lo único que merece la pena afanarse en buscar es el *summun bonum* que sólo Dios proporciona, resultando ser vanidad todo lo demás. No obstante, y según se desprende de la lectura de los escritos de Bradstreet, la autora es sincera al expresar sentimientos religiosos, que no siempre son perfectos ni carentes de tentaciones, dudas o impresiones de lo más humano. En efecto, en su poema "Here Follows Some Verses upon the Burning of Our House July 10th, 1666" ["He aquí unos versos sobre el incendio de nuestra casa el 10 de julio de 1666"], podemos ver cómo la autora no se muestra como un ser meramente espiritual al que no le afectaran los sufrimientos, sino que demuestra que realmente padeció mucho ante esta desgracia, a pesar de que trata de interpretarla de un modo trascendental, poniendo su esperanza en los "tesoros" que le aguardan en el cielo. Así se desprende de los siguientes versos:

> Al pasar repetidas veces al lado de las ruinas, / apartaba de ellas mis apenados ojos, / y observaba cada rincón / donde a menudo me sentaba, y donde pasaba largos ratos recostada. / Aquí estaba ese aquel baúl, y allí aquella arca; / allí estaba todo lo que yo más quería: / todo lo bueno que tenía está hecho cenizas, / y nunca más lo volveré a contemplar. [. . .] / ¡Levanta tu mirada al cielo / para que tus repulsivas tinieblas se puedan disipar! / Tú tienes una casa construida en lo alto, / diseñada por ese poderoso Arquitecto; / con gloria ricamente amueblada, / se yergue para siempre, aunque ésta haya desparecido. [. . .] / Adiós a mis riquezas, adiós a mis posesiones. / Que no se me permita amar al mundo nunca más: / mi esperanza y mi Tesoro se encuentran en las alturas. (292-293)

De éste y de los anteriores poemas que estamos analizando se desprende que, ciertamente, las experiencias de las primeras personas que viajaron a Amé-

rica fueron marcadamente duras, como insisten en recalcar los textos en los que dejaron testimonio de ello. Lo que vamos descubriendo es que, para afrontar dichas dificultades, no era imprescindible ser hombre, como muestra el análisis objetivo de la historia. Incluso el propio padre de Bradstreet destacó en sus escritos enviados a Inglaterra que, para poder hacer frente a las adversidades propias de los nuevos territorios, había que contar con una fortaleza especial, pero no se refiere precisamente a la física, sino a la espiritual, a la otorgada por la gracia divina: "Si hay alguien dotado de gracia… que venga… Pero los que no, considero que no están aún preparados para esta tarea" (cit. en Hensley, 1967:x).[12] Sin lugar a dudas, Thomas Dudley debió considerar que su hija era perfectamente competente en dicho sentido para la aventura americana que se planteó en la familia, como, además, ella misma nos deja ver en las interpretaciones que nos ofrece en sus poemas de las rudas vivencias de las que su vida no estuvo en absoluto exenta. Y, como hemos podido observar hasta ahora, la mayoría de los poemas de Bradstreet que nos resultan útiles para valorar en su justa medida la necesidad de incorporar a la historia de América las duras experiencias y vivencias de las mujeres, pertenecen a la segunda edición de sus poemas, que incluyó los de carácter marcadamente personal. Como señala Adrienne Rich, una simple ojeada a los títulos de estos poemas revela un importante cambio de sensibilidad por parte de su autora a partir de 1650 (xvii).[13] Los primeros que escribió se consideran más convencionales que reveladores de las vivencias tan novedosas que estaba experimentando con el cambio radical de ubicación que llevó a cabo. Puede resultar incluso extraña la sensación que se deriva de su lectura, ya que perfectamente podríamos pensar que la autora escribió muchos de ellos sin haberse movido de Inglaterra, pues guardan grandes semejanzas con los que escribían allí otras mujeres que compartían con Bradstreet su atracción por autores como Guillaume Du Bartas, Philip Sidney, Edmund Spenser, o Francis Quarles. Todas ellas también tuvieron en común el ser acusadas de imitar a alguno de estos autores,[14]

12 La cita está tomada de la página 449 del libro de Augustine Jones, titulado *Thomas Dudley, Second Governor of Massachusetts*, donde se da, además, buena cuenta de las fatales consecuencias de las duras condiciones de vida de las colonias con expresiones tan dramáticas (aunque reales) como: "No hay casa en la que no haya muerto alguien, y en algunas, lo han hecho varios".

13 RICH, Adrienne. "Anne Bradstreet and Her Poetry", en: Jeannine Hensley (ed.), *The Works of Anne Bradstreet*. Cambridge, Mass.: The Belknap Press of Harvard University Press, cop. 1967, págs. ix-xxi.

14 La propia Anne Bradstreet se queja de las críticas que ella misma recibió en este sentido,

siendo éste uno de los factores que llevan a Rosenmeier a incluir a nuestra poeta americana en una "comunidad transatlántica de mujeres escritoras, muchas de las cuales eran igualmente imitadoras" (Rosenmeier, 1991:9).[15] La investigadora fundamenta su posición en testimonios de coetáneos de la propia Bradstreet como Bathsua Makin y Cotton Mather (algo posterior) (Rosenmeier, 1991:10), y sostiene, además, que, aunque su posición de poeta no era común en Massachusetts, existen pruebas de que en Inglaterra perteneció a un grupo de mujeres de clase alta que habían recibido una excepcional educación gracias al tutelaje de algún miembro de su familia y de su acceso a buenas bibliotecas, que contribuyeron al desarrollo de su talento. Entre ellas se encontraban, por nombrar algunas de las citadas por Rosenmeier, la ya mencionada Lady Arbella Johnson (-1630), poeta y amiga de Bradstreet; la propia hermana de ésta, Mercy Dudley (Woodbridge) (1621-1691); la sobrina y la hermana de Sir Philip Sidney, Lady Mary Sidney Wroth (1587-1653) y Mary Sidney (1561-1621), Condesa de Pembroke,[16] (Rosenmeier, 1991:9-10). Pero, a la hora de juzgar los trabajos de estas mujeres y, concretamente en el caso que nos ocupa, los de Bradstreet (especialmente los de la primera edición, sobre los que estamos ahora reflexionando), hemos de tener en cuenta los parámetros según los cuales en su propia época se evaluaba la poesía. Así, por ejemplo, Bathsua Makin, en su tratado "An Essay to Revive the Ancient Education of Gentlewomen" ["Ensayo para sacar a la luz la educación de las damas de la antigüedad"] (1673),[17] en el apartado titulado "Women Have Been Good Poets" ["Las mujeres han sido buenas poetas"] (en que, por cierto, incluye a Bradstreet), define lo que entonces se entendía por un buen poeta:

> El poeta debe conocer las cosas divinas, las naturales, las morales, las históricas, y las que son fruto del arte, además de los diversos términos pertenecientes a todas las facultades, a las que deben aludir. Los buenos poetas

---

como podemos ver en su "The Prologue": "Si lo que hago sale bien, no me servirá de nada: / dirán que o es robado o, si no, que ha salido así por casualidad" (16).

15 Como señala Adrienne Rich, en el siglo XVII también poetas masculinos imitaban en cierta medida a los maestros que admiraban, señalando precisamente el caso de la fuerte influencia que ejerció sobre ellos Du Bartas (Rich, 1967:xi-xii).

16 Su "Astrea", en honor de la Reina Isabel de Inglaterra, podría haber inspirado la elegía que Bradstreet le escribiría años después.

17 Aunque hemos incluido en la cita la referencia de Hensley donde aparece, también se puede consultar el texto completo de Makin en: <http://www.pinn.net/~sunshine/book-sum/makin1.html> [01/09/07].

> deben ser sabios universales, capaces de usar frases agradables y de expresarse con una elocuencia conmovedora. (Cit. en Rosenmeier, 1991:11)

En este contexto se entiende mejor, pues, el hecho de que los poemas de Bradstreet de la primera edición se centraran en temas universales que dejaban al descubierto la vasta formación de su autora y le asemejaban a su admirado Du Bartas; y en la Historia con mayúsculas y sus personajes destacados —de ahí títulos como "The Four Elements", "Of the Four Ages", "The Four Monarchies", "In Honour of Queen Elizabeth" ["Los cuatro elementos", "Sobre las cuatro edades", "Las cuatro monarquías", "En honor a la Reina Isabel"]. Y también en este hecho descubrimos la profundidad e inteligencia del personaje que estamos estudiando, que recurre a la ironía en unas ocasiones y a la humildad en otras para conseguir objetivos que resultaban impensables para sus coetáneas. En esta ocasión, nos referimos a que Bradstreet escribió poemas sobre Historia a pesar de que en el propio prólogo que los precede reconoce irónicamente que su labor literaria no está, ni mucho menos, a la altura de la de sus homólogos masculinos y que, además, los temas "importantes" como los de guerras, capitanes, reyes, fundaciones de ciudades (es decir, los históricos), se los deja a ellos, pues no están a su alcance: "Cantar sobre las guerras, capitanes y reyes, / [. . .] para mi humilde pluma son cosas demasiado elevadas / [. . .] Dejemos a los poetas e historiadores exponerlas" ("The Prologue", 15).[18] Una vez que conocemos en mayor profundidad a la poeta y su contexto, nos resulta fácil identificar en este tipo de declaraciones suyas la actitud que no era extraña a otras escritoras que, como ella, usaron todas las estratagemas posibles para que se les permitiera poner en práctica su vocación literaria sin oponerse abiertamente a las consideraciones de su entorno, que las tenía en un plano secundario respecto al hombre. Así podemos ver que actuaron incluso algunas de las promotoras de la mejora de la situación de la mujer, como es el caso de Bathsua Makin, que introduce su mencionado tratado con esta advertencia:

18 En la estrofa sexta de "The Prologue", Bradstreet hace otra referencia irónica al hecho de que ella, como mujer, no debe adentrarse en el terreno serio y masculino de los temas históricos, puesto que nos recuerda que los poetas griegos consideraban en el origen de la poesía a las musas —seres femeninos—, y menciona concretamente a Calíope, que es, además, la inspiradora de la poesía épica.

> No se ofendan, sus Señorías, por que no reclame (como se ha hecho astutamente) la preeminencia femenina. [. . .] Pedir demasiado es la mejor forma de que se deniegue todo. Dios ha hecho al hombre la cabeza, si sois educadas y estáis instruidas, como propongo, estoy segura de que lo reconocerán, y estarán satisfechas de ser su ayuda, de que sus esposos consulten y comenten con ustedes… y de que sus esposos tengan la última palabra, cuyas determinaciones consentiréis. Es mi deseo que éste pueda ser el efecto de la educación en todas las damas que la intenten conseguir. (Cit. en Rosenmeier, 1991:11)

Así no resulta extraña tampoco, por ejemplo, la estrofa séptima de su "Prologue", en la que Bradstreet, con palabras casi idénticas a las de Makin, llega a sonar irónica y aduladora con tal de conseguir el objetivo de que se le permita escribir poesía: "Los hombres tienen primacía y sobresalen, / es inútil librar una batalla injusta; / Los hombres pueden hacerlo mejor, y las mujeres lo sabemos bien. / la preeminencia en todas y cada una de las cosas es vuestra; / pero, aún así, concedednos algún reconocimiento" (16). Que Bradstreet realmente no se consideraba ni a ella ni a otras mujeres inferiores a los hombres queda claro, como venimos insistiendo, al juzgar sus palabras en todo su contexto. Así lo podemos comprobar, por citar un ejemplo de ello, en su poema dedicado a su admirada reina Isabel de Inglaterra, titulado "In Honour of That High and Mighty Princess Queen Elizabeth of Happy Memory" ["En honor a la grande y poderosa Princesa Reina Isabel, que recordamos con cariño"] (1643). En él, después de destacar las virtudes tanto personales como políticas de este relevante personaje histórico, que para ella era símbolo indiscutible de la valía y excelencia femenina que sus coetáneos negaban tanto de palabra como de hecho, Bradstreet termina haciendo estas atrevidas declaraciones para su época:

> Entonces, decidme: ¿valen algo las mujeres? ¿O no valen nada? / ¿O tienen algo de valor, pero con nuestra Reina se ha agotado? / No, hombres: así nos habéis criticado durante mucho tiempo, / pero ella, aunque muerta, reivindicará nuestro agravio. / Que los que dicen que nuestro sexo carece de juicio / sepan que eso es hoy una calumnia, pero en otro tiempo era una traición. (198)

Teniendo en cuenta lo expuesto, se puede concluir que la crítica ha solido asumir sin demasiadas reservas que son los poemas personales de Bradstreet los más interesantes, puesto que, como vemos, los de la primera edición también son en parte reveladores de lo que su creadora estaba experimentando cuando los

escribió. Además de la información comentada hasta ahora que nos aportan, son reflejo de cómo, tras su aceptada pero dolorosa separación de Inglaterra, parece como si Bradstreet no pudiera apartar su tierra de origen de sus pensamientos, y por tanto, tampoco de sus trabajos literarios. El paso siguiente sería su diálogo entre ésta y Nueva Inglaterra, representando el período de transición que también la autora estaba viviendo. Además, estos poemas nos dejan ver los temas que interesaban a Bradstreet, su actitud religiosa a la vez que humana y sincera sobre ellos, y su alto nivel cultural, que le daría la fuerza moral suficiente para defender la valía de la mujer como lo hizo no sólo en los poemas de la segunda edición, sino también en los de la primera, según se ha demostrado.

Aun así, lo que no se puede negar es que el segundo tipo de versos de Bradstreet expresa más directamente, en el "plain style" típicamente puritano, algunos de los aspectos personales de las vivencias de la poeta, que venimos comentando. Estos aparecieron en la edición póstuma de sus escritos, *The Tenth Muse Lately Sprung Up in America*, de 1678. La primera fue publicada en Londres en 1650, gracias a su cuñado, John Woodbridge, después de que sus poemas hubieran circulado previamente entre sus concocidos, algo frecuente en la época, especialmente si los trabajos eran edificantes según los criterios puritanos. Lo que no resultaba usual era que una mujer publicara sus escritos,[19] pues, como comenta Rosenmeier, nadie se atrevería a negar que el contexto en que se ubica Bradstreet era marcadamente androcéntrico y, durante el reinado de Jaime I, lo llega a calificar la investigadora de misógino, citando para ello el estudio de David Latt (60). De ahí que se hicieran necesarias las aclaraciones que Woodbridge hace en el prefacio del citado libro, donde, primero, asegura que los poemas que recoge han salido de manos femeninas: "No me cabe la menor duda de que el lector encontrará inmediatamente más de lo que yo pueda decir y, el peor efecto de su lectura será la incredulidad, que le hará cuestionarse si, efectivamente, se trata de un trabajo hecho por una mujer, y se preguntará si eso es posible" (cit. en Hensley, 1967:3); y, después, destaca las virtudes femeninas de dicha mujer,

19 Así, por ejemplo, Lady Mary Sidney Wroth (1587-1652), sobrina del famoso poeta isabelino Philip Sidney, fue otra de las escritoras que proclamaron que sus escritos habían sido publicados sin su permiso, quizá para evitar ser criticadas por su "atrevimiento" (en su caso, en Inglaterra). De hecho, la propia Anne Bradstreet debió haber sido víctima de la crítica contra las escritoras, ya que declara en "The Prologue": "Resulto detestable a cada lengua criticona / que dice que mi mano estaría mejor ocupada con la aguja" (16).

para que nadie pudiera minar su buen nombre como consecuencia de la "osadía" de publicar sus escritos, aunque la iniciativa hubiera partido Woodbridge y sin el consentimiento de su autora, según él confiesa: "Al publicar estos poemas, no temo el enojo de nadie más que de su autora, pues me he atrevido a sacar a la luz pública, sin que ella lo sepa y contra sus expectativas, lo que ella había decidido que (de esa manera) no debería salir nunca a la luz" (cit. en Hensley, 1967:3). Así continúa su cuñado describiéndola: "Se trata del trabajo de una mujer, honrada y estimada donde vive por su virtuosa conducta, su eminente talento, su piadosa conversación, su cortés disposición, por saber estar siempre en su sitio perfectamente, y por la discreta forma en que se comporta en los acontecimientos familiares, y, lo que es más, estos poemas son el fruto de horas restadas a su sueño y al descanso" (cit. en Hensley, 1967:3).

El patrocinio masculino que le ofreció Woodbridge se reconoce, pues, como necesario y se comprende mejor al tener en cuenta el contexto en que Bradstreet escribió su obra, un ámbito en el que, como señalamos anteriormente, la mujer tenía que asumir un plano muy secundario con respecto al del hombre, y en el que salirse de él conllevaba grandes riesgos. Así lo pudo observar la propia escritora en experiencias ajenas, como la de Anne Hutchinson, una destacada señora de su comunidad que, además de ayudar a sus miembros cuando la necesitaban —especialmente en los alumbramientos— se atrevió a compartir con ellos sus reflexiones espirituales. No obstante, los líderes religiosos —y políticos, pues entonces solían coincidir—, consideraron que no era propio de una mujer asumir ese papel de liderazgo religioso, acusándola con sentencias como: "Usted se ha salido del lugar que le corresponde; preferiría ser un marido a una esposa y un predicador a un oyente, y un magistrado antes que un súbdito" (cit. en Koehler, 1974:64). En esta acusación se refleja la triple osadía de Hutchinson a los ojos del patriarcado que la juzgaba: familiar, religiosa y política; osadía que la llevó a la excomunión y al exilio de su comunidad, que terminó unos años más tarde con su muerte y la de seis de sus hijos a manos de un grupo de nativos americanos.[20] Y la temeridad de Anne Bradstreet fue la de haber sido amiga de

20 Suerte similar —aunque unos años más tarde— corrieron las 14 mujeres que fueron condenadas a muerte en 1692 por un tribunal de Salem, acusadas de una brujería más que dudosa, tal como posteriores investigaciones han sacado a la luz. También existen ejemplos anteriores al de Hutchinson en Inglaterra, en el propio Lincolnshire, donde la poeta Anne Askew fue torturada y quemada en la hoguera también por haber proclamado sus propias ideas religiosas,

esta mujer, a pesar de ser consciente del peligro que en su entorno ello le podía ocasionar, teniendo en cuenta que su propio padre y su esposo, al tener cargos de gobernadores, formaron parte del colectivo que decidió echar a Hutchinson de la colonia.[21] También Bradstreet habría conocido la suerte de otra de sus coetáneas y amiga de Hutchinson, con quien compartió ideas y vivencias. Su nombre era Mary Barrett Dyer (1611?-1660), y fue ahorcada en Boston, el 1 de junio de 1660 por haber cometido un delito similar al de su amiga: defender sus propias ideas religiosas en una época en que no se podía tolerar tal atrevimiento por parte de las mujeres. Ambas tuvieron la valentía de expresar y compartir con otras mujeres, en grupos, sus apreciaciones espirituales, que diferían en parte de las establecidas oficialmente, especialmente en el hecho de que consideraban que se podía entablar una relación directa con Dios, sin necesidad de que intermediara el clero o ciertos elegidos. La ilusión de estas mujeres al emprender su marcha al nuevo mundo habría sido la de huir de las imposiciones y persecuciones religiosas de las que eran víctimas en el antiguo, pero se encontraron con la desagradable sorpresa de que los puritanos que como ellas habían sufrido coerciones religiosas en Inglaterra, eran ahora los que las imponían en América.[22] Teniendo en cuenta estos dos ejemplos que, como señalamos anteriormente, Bradstreet debió conocer por tratarse de dos mujeres coetáneas suyas y que habitaron en su misma área, nos sorprende aún más la valentía de la poeta que, si bien es cierto que suele decir más de lo que parece a primera vista gracias a su frecuente uso de la ironía, también defiende a veces de forma asombrosamente directa a las mujeres, criticando al mismo tiempo el desprecio que reciben por parte del sector masculino.

Afortunadamente, Bradstreet optó por no amedrentarse por los peligros que la acechaban: tanto los físicos de su nuevo y rudo entorno, como los propiciados por las convenciones patriarcales de su comunidad. Así gozamos hoy del legado de sus escritos, testimonio en primera persona de lo mucho que pa-

---

el 16 de julio de 1546.

21 Así se reconoce en la página de "Mujeres influyentes", creada por Programas de Información Internacional (USINFO.STATE.GOV), cuya dirección web completa es: <http://usinfo.state.gov/esp/home/products/pubs/womeninfln/bradstreet.htm> [13/08/07].

22 Para colmo de la desgracias de estas dos mujeres, Anne Hutchinson y Mary Barrett Dyer, ésta dio a luz, con la ayuda de la primera, a un bebé deforme y sin vida el 17 de octubre de 1637, hecho que utilizaron sus acusadores en su contra, interpretando su desgracia como castigo divino y prueba de que sus enseñanzas constituían herejías.

decieron las primeras oleadas de viajeros a las tierras americanas. Gracias a la poeta, corroboramos que, a pesar de que la Historia tradicional suele poner en primer plano exclusivamente a personajes masculinos, entre estos había mujeres fuertes que también sobrevivieron entre tremendas hostilidades, a la vez que ratificamos que algunas de ellas crearon hermosos textos que además sirven de documentos necesarios para reconstruir de forma equilibrada el pasado común de la humanidad. Como reconoce Evans, es difícil "prever cambios futuros sin un fundamento en una historia que incluya la experiencia de las mujeres" (Evans, 1989:1). Los escritos de Anne Bradstreet no sólo contribuyen a este propósito a la vez que producen el placer estético propio de los literarios, sino que el análisis detenido de los mismos trae consigo la eliminación de ciertos estereotipos con los que solemos estudiar la historia de nuestras antepasadas, al habérsele prestado demasiada atención a la versión masculina de los hechos en detrimento de la femenina, como pretende demostrar este trabajo dedicado a las aportaciones de Anne Bradstreet, una de las primeras viajeras al continente americano.

Bibliografía

BRADSTREET, Anne. "To My Dear Children", en: Nina Baym (ed.), *The Norton Anthology of American Literature*. Shorter fifth edition. New York & London: Norton & Company, 1999, págs. 144-147.

CAMPBELL, Helen Stuart. *Anne Bradstreet and Her Time*. New York: Dodo Press, 1890.

DANIELS, Roger. *Coming to America. A History of Immigration and Ethnicity in American Life*. New York: Harper Perennial, 1990.

EVANS, Sara M. *Born for Liberty: A History of Women in America*. New York, London: The Free Press, 1991.

HAWTHORNE, Nathaniel. *The Whole History of Grandfather's Chair*. Boston: E. P. Peabody, 1840. http://www.ibiblio.org/eldritch/nh/gc102.html

HENSLEY, Jeannine (ed.). *The Works of Anne Bradstreet*. Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press, cop. 1967.

JONES, Augustine. *Thomas Dudley, Second Governor of Massachusetts*. Boston, 1899.

KOEHLER, Lyle. "The Case of the American Jezebels: Anne Hutchinson and Female Agitation during the Years of Antinomian Turmoil, 1636-1640". William and Mary Quarterly, 3rd series, 31 (January 1974), págs. 55-78.

LATT, David. "Praising Virtuous Ladies: The Literary Image and Historical Reality of Women in Seventeenth-Century England", en: Marlene Springer (ed.), *What Manner of Woman*. New York: New York University Press, 1977.

LAUTER, Paul, (ed.). *Heath Anthology of American Literature*. Fifth edition. Boston and New York: Houghton Mifflin Company, 2006.

O'CALLAGHAN, Bryn. *An Illustrated History of the USA*. Harlow: Longman, 1990.

RICHARDSON, Robert D. Jr. "The Puritan Poetry of Anne Bradstreet", en: Sacvan Bercovitch (ed.), *The American Puritan Imagination. Essays in Revaluation*. New York: Cambridge University Press, 1974, págs. 105-122.

ROSENMEIER, Rosamond. *Anne Bradstreet Revisited*. Boston: Twayne, 1991.